843
G.

CAPILLA ALFONSINA

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ2263
C38

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CARLOS DEMAILLY

NOVELA DE J. Y ED. DE GONCOURT

...Digo lo que digo; y de ningún modo lo que aseguran que me propuse decir; y respondo menos aún de lo que me hacen decir, sin que nunca lo haya dicho.

LA BRUYERE.

—¿Un artículo?... ¿Me preguntas si hay un artículo en la historia de mi vida? Pero ¡infeliz!, ¡un chicuelo de seis años haría sin más asunto una comedia en verso con los ojos vendados! Escena primera: el *foyer* de la Comedia Francesa... ¿comprendes?... La casa de Moliere... Talma..., las memorias..., los parlamentos... Allí *César* habla con *Scapin;* allí *Melpomene* toma el abanico de *Talía;* y allí... allí... ¡Eso es interminable! Pasas luego á las indiscreciones: Provost y Anselmo juegan al ajedrez; la dama joven pide un helado; el avisador advierte al gran duque heredero de Toscana que se descubra, y la señorita Fix le reprocha por no haberlo hecho antes de que se lo advirtieran. La *Sociedad de rescate de cautivos...*

—¿Qué sociedad?.

—¿No la conoces? Claro; como que es una so-

ciedad secreta, ¿No sabes lo que hay en el *foyer* de la Comedia?... Pues ¡hay pulpos! ¡Cosa terrible! Agarrándote, se acabó; te arrastran al fondo de su conversación... Figúrate un hombre ó una mujer (los pulpos no distinguen de sexo); Got, si te parece, ó lo señorita Ricquier, agarrados por Frappart ó por Benett, el autor inglés. ¡Muy bien! Un miembro de la sociedad se acerca.—«Dispensen ustedes; tengo que decir al señor una palabra.—¡Dios mío, salvado!»—dice el otro... Así funciona la *Sociedad de rescate de cautivos*... Si no haces cincuenta líneas con esto... Además hay cuadros de interior.

—¿Además?

—Sí... sí... Te fijas en tu mujer, una cómica célebre... No la nombras... Solamente dices: nuestra *Celimene*... Eso no compromete á nadie... Nuestra *Celimene* peinaba con sus dedos los cabellos de un gran poeta. Aquí la inicial del nombre... Y es preciso insistir: un verdadero poeta, para que no se le confunda con algún versificador fulastre... Y entablas el diálago:—«Señor poeta—dice *Celimene*:—¿por qué no hace ya esas preciosas comedias que sólo usted sabe hacer?... Por un papel en el cual yo representase una niña de quince años, daría diez de mi vida.»

El poeta ha comido y pasó una hora durmiendo la siesta en un palco, donde roncaba como un

bendito; está borracho; tan borracho, que articula con dificultad las palabras y sería capaz de hacer un poema épico. Hazle balbucear; al público le gusta esto, porque le recuerda *Pablo y Virginia*. —«¿Yo... comedia..., yo... trabajar?... ¡Imposible!... ¿Sin casa? ¿En un rincón sucio?..., con cepillos de dientes por todas partes... ¿Yo... trabajar entre porquería?...—Pero si alguien le instalara en un gabinete muy bonito y bien amueblado?...—¡Ah!... ¡divino!... Sin peines sobre los muebles..., una casa elegante..., plumas bien cortadas... ¡Una obra!, ¡dos obras!, ¡tres obras!... ¡Oh!... ¡siempre!- Hasta mañana, pues.» Y la cómica oprime la mano del poeta y sonríe... Tú supondrás cómo. El poeta es exacto como un reloj. Prueba un sillón en donde se dormiría de buena gana... ¡sin leer!.,. Una mesa, papel blanco, plumas, tinta...—«Si hubiese cigarros aquí...—suspira el poeta—ya tendría todo lo necesario para escribir». *Celimene* manda comprar dos cajas de cigarros. La hora del almuerzo se acerca.—«¡Oh qué lástima!—dice el poeta;—he de irme: luego almorzaré con unos amigos... Hablaremos..., me será imposible trabajar... Día perdido.—Que pongan dos cubiertos—dice *Celimene* acercándose á la puerta; y volviendo luego hacia el poeta:—Comerá usted aquí. Dígame qué prefiere.—Todo me gusta, menos el pollo asado y el vino de Burdeos.—Al anoche-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

cer nuevas lamentaciones del poeta: —«¡Vaya!, si me voy á mis barrios, no llegaré hasta mañana, no me levantaré hasta pasado mañana... —¿Quiere usted que le pongan una cama en el salón?—Gracias, pero de noche tengo miedo. ¿Y usted?...» Al cabo de ocho días la comedia está hecha y copiada.—«¡Oh!—exclama de repente el poeta,—necesito una cinta..., una cinta por amor de Dios... Deme usted una cinta de seda, porque tengo costumbre de atar así los manuscritos. Una preocupación tonta.» *Celimene* le da una cinta, y el poeta corre á llevar su obra á... ¡Pardiez!, á la otra *Celimene* de la Comedia Francesa. Titula esto *Engaños de los hombres*, procura servirlo bien condimentado y ¡ya está!

Esto fué dicho en una gran sala tapizada de un papel azul ennegrecido por el humo de los cigarros. Las paredes no tenían otro adorno que unas perchas para colgar los sombreros y una litografía pegada con obleas, que representaba una procesión de personajes célebres con grandes cabezas y más feos todavía de lo que la Naturaleza los hizo, encaminándose con sus piernecillas de feto hacia el Panteón, donde Nadar distribuía entre los vivos la gloria de la Posteridad. Sobre la chimenea sólo había tres cubiertas de librillos de papel Job arrolladas; una gran mesa con tapete ocupaba el centro de aquella destartalada y

triste habitación, donde solamente ocho sillas de caoba y un diván, revelaban la prosperidad de los dueños con la elocuencia singular de los muebles recién barnizados y con el brillo de la flamante percalina roja.

II

Cinco eran los hombres reunidos allí, donde tenían la redacción del periódico *El Escándalo*.

Uno rubio, de frente muy estrecha, los ojos muy negros, la nariz menuda y carnosa, largos bigotes rizados, la boca muy pequeña, los labios abiertos y sensuales, la cara redonda y mofletuda.

Otro era un joven de 34 años, rechoncho, algo cargado de espaldas, con la cabeza desproporcionada y unida por un cuello tan corto al cuerpo deforme, que parecía salir de los hombros; sus facciones todas irregulares y su mirada sanguinolenta, le daban aspecto feroz.

Cabello largo y tendido, facciones femeninas, ojos penetrantes y desenvuelto ademán, la satisfacción de sí mismo y la dicha de vivir, daban al más joven un aire de colegial en vacaciones.

Un mechón de pelos grises, recogido cerca de la nuca, tapaba casi en absoluto la brillante calvicie del más viejo; los ojos de éste no tenían color

ni vida, no miraban; su rostro inexpresivo se ocultaba tras una barba pobre y lacia.

El quinto se parecía á todo el mundo. Era hermoso como cualquier petimetre acicalado, peinado, rizado, cepillado, embetunado, hermoso como cualquier hombre que lleva lentes y barba.

El primero, con el chaleco desabrochado y la pechera de la camisa también abierta, firmaba un artículo adornando la mayúscula de su nombre con la figura de un mono. Llamábase Mollandeux.

El segundo, embebecido en la importante ocupación de golpear la pared con una regla, llamábase Nachette.

El tercero, que hacía solemnemente una pajarita de papel de gran tamaño, se llamaba Couturat.

El cuarto que, tieso y oprimido por su cuello militar de seda negra, con una pajuela cortaba las ojas de un libro nuevo, llamábase Malgrás.

Y el quinto que, de pie, con un codo apoyado sobre la ménsula de la chimenea, en actitud elegante, como una figura de Lami, dejaba caer con el dedo meñique de la mano izquierda, la blanca ceniza de su cigarro, se llamaba Bourniche.

Mollandeux, Nachette, Couturat, Malgrás y Bourniche, formaban la redacción de *El Escándalo*. Eran los hombres de la casa, las plumas oficiales, el ejército regular que sostenía todas las semanas las guerrillas replegadas, los novelistas sin editor,

los autores cómicos sin teatro, la muchedumbre flotante de las gentes del oficio.

Esos cinco hombres, con la oreja siempre aplicada sobre la boca de bronce de París, viviendo entre bastidores de todos los teatros, en el secreto de todos los negocios, en la cocina de todos los anuncios, adivinando hasta qué punto molesta una herida moral á un hombre y una cana ofende á una mujer, no trabajaban solo en *El Escándalo* por el gusto de ver y hacerse ver en la comedia humana. Entre todos, ninguno se podía comparar á ese bondadoso excéptico, representado en la viñeta de un periódico, sin más preocupación que la de hacer bailar sobre sus piernas, al son de un tamboril, muñecos graves y ridículos. Perseguían todos con *El Escándalo*, valiéndose de su oficio y de su ingenio, algo más que un poco de plata: su carrera, su porvenir y las diversas aspiraciones de su vanidad ó de su ambición y de su temperamento. Cada uno de aquellos *niños terribles*, ocultaba proyectos de grandeza para lo futuro.

Mollandeux, era el periodiquillo hecho hombre, ingenio sagaz, malévolo y suave; mezquino, sin grandeza, pero avisado y sin escrupulo; roedor capaz de hacer, donde le conviniera, un agujero como lo hacen los dientes de un ratón.

Chistoso, descoyuntado, crítico extravagante y

estético de brocha gorda; este Mollandeux, había nacido en París, bajo la estatua de Pasquín. Con el instinto de ironía y el genio de la menuda sátira, conociendo todos los secretos de su arte, ilustrado, casi erudito, habiendo leído mucho y conservándolo en la memoria, podía en caso de necesidad, agenciarse recursos imprevistos, chistes nuevos, resucitar la *Silueta* y vestirse con las galas de Bachaumont. Mollandeux no se hallaba satisfecho de vivir al día, en esa feria constante de la imaginación que pronto consume á los más jóvenes y á los más fuertes. En el fondo, aquel galopín literario tenía un burgués, hambriento de honores, de posición y de comodidades; ansiaba sentir los goces de la familia y saborear las dichas del propietario; suspiraba por el dulce reposo, por la pereza lánguida, por la serenidad satisfecha del tendero retirado que se reproduce y engorda tranquilamente.

Distraía su violenta sensualidad, imaginando para un próximo porvenir, los placeres del amor y las ansias de la gula, siempre atendidos por una mujer pulcra y hacendosa, la satisfacción santa y legítima de todos los apetitos; el dichoso día en que, desprendiéndose para siempre de su traje de ogro manchado con tinta, poseyera una casita blanca en un pueblo, donde representaría el papel de alcalde, y sus manos embutidas en guantes

blancos, oprimirían la cintura de las novias que se ruborizarían bailando con él. En estos delirios, mientras las ilusiones del porvenir se desarrollaban á sus ojos con la majestad solemne de una *opereta*, la vida precaria, los préstamos descontados, las ganancias inseguras, el crédito fallido, el temor de tropezar con sus acreedores, la comida poco apetitosa, la voluptuosidad en ayunas, todo aquello que pudiera desconsolarle, olvidábalo Mollandeux.

Mientras las ilusiones de Mollandeux caminaban dulcemente hacia las dichas tranquilas de Horacio y Jerónimo Paturot, la indomable ambición de Nachette aguijoneada por sus treinta y cuatro años cumplidos, lánzose frenética entre riesgos y obstáculos.

Un día, un vecino de una villa de los Vosgos, entró en casa de su procurador, el Sr. Nachette para satisfacer una cuenta pendiente de los gastos de un pleito insignificante. La cuenta le pareció muy subida. «Se la enviaré á usted comprobada por el juez»—dijo el procurador. La envió y fué satisfecha.

Otro negocio condujo al cliente de Nachette, á Epinal; y hablando con el juez, á quien trataba con mucha confianza, le dijo:—«Consintió usted que me desplumasen hace algunos días.—¿Cómo?—En el asunto Robinot y Verdureux.—No tengo

la menor noticia...—¿Y puso usted su firma? Nachette era mi procurador.—¿Nachette? Hace más de un mes que no recibo documento alguno de su despacho... Envíeme usted la nota firmada por mí: se lo ruego.» Al recibirla y examinarla, el juez mandó llamar al procurador Nachette.—«Caballero —le dijo mostrando la firma falsa—usted sabe á donde conducen estos caminos. Pero callaré, á cambio de una promesa: decídase usted á traspasar su despacho antes de mes y medio.» Nachette prometió hacerlo y no lo hizo. Pasado el plazo, el juez recordó la promesa, y Nachette le suplicó, excusándose con asuntos y liquidaciones urgentes, que le concediera otro plazo igual. Accedió el juez.

Al salir del juzgado, Nachette estuvo conferenciando largamente con Gagneur, el primer pasante del notario Langlois, un burro de carga, un auxiliar muy laborioso, como quedan aún algunos en los despachos de provincias, pero sin una peseta, desesperando de poder adquirir nunca una modesta notaría, y viéndose de primer pasante hasta la muerte. Pasó el segundo plazo, sin que traspasara Nachette su despacho como había ofrecido; el juez le amenazó; Nachette le dijo descaradamente que seguiría sus negocios y que todas las amenazas eran baldías, no habiendo pruebas que le acusaran... y se fué, saludando muy satisfecho. El juez llamó á un escribiente para pedir un legajo donde había guardado la cuenta de Nachette; pero la cuenta no estaba. El juez intentó un proceso en averiguación de los hechos ocurridos, y faltaron pruebas que los ratificasen.

El procurador conservó su despacho, y poco después Gagneur pagaba 30.000 francos por la notaría de su principal. Mucha gente supuso que aquel dinero se lo había dado Nachette por la sustracción de la nota con la firma falsa; y á los pocos meses, la resonancia que adquirió este asunto, las murmuraciones públicas, la ruina de su despacho, del cual desertaban los clientes, obligaron á Nachette á abandonar su país. Desapareció, dejando á su mujer, hija de un rico labrador, embarazada y sin más recursos que 1.200 francos de un arrendamiento que Nachette al marcharse no pudo realizar. Al escándalo del proceso y á la fuga del marido, se unieron, para mayor gusto de los maldicientes de la villa, las ridiculeces de esta campesina, echándoselas de señora y que, mal aconsejada por su orgullo maternal, recibió las felicitaciones de parida con sombrero puesto, en la cama, ¡un sombrero de París! Por eso, apenas llegó á hombre y terminados ya sus estudios en el colegio de Neufchateau, el hijo del procurador Nachette abandonó la villa donde pesaba sobre su porvenir la historia de su padre, perseguido,

según creía, por los odios de la magistratura, donde su nombre y las ridiculeces de su madre serían para él un obstáculo. Deshecho, herido desde la infancia, deborado por los rencores, las burlas eternas del sombrero de parto de su madre habían exasperado terriblemente sus cóleras; fuese á París, llevando en el fondo amargado de su alma las venganzas de un Coriolano.

En París encontró á Gagneur. Sorprendido en un asunto de usura, padeciendo los rigores de la justicia y las amenazas de los campesinos á quienes había esquilmado, determinóse á vender malamente su notaría y estableció en la calle de Grans-Augustins un comercio de libros, empleando así los seis ó siete mil francos que pudo salvar de la ruina. El joven Nachette ingresó en casa de Gagneur como dependiente, con un sueldo de veinticinco francos al mes, cama y mesa. Rompió muchas botas llevando recados y descansaba de sus fatigas devorando libros de la biblioteca de su principal, novelas malsanas y folletos pornográficos que Gagneur vendía clandestinamente. Vivía en su rincón, resignado, abatido, asustándose de sí mismo cuando medía la desproporción de sus deseos y de sus fuerzas, huyendo como de una mala tentación y de una pesadilla, de lujos, coches, mujeres y todo lo que representa la vida parisién; hasta que un día se lanzó á los placeres

nocturnos y fué *gancho* de un baile público. Desempeñaba su oficio de bailador en *Chateau-Rouge* y en *Valentino* de ocho á once de la noche, por una ración de guisado y un litro de vino. La casualidad le puso al habla con un conterráneo, joven como él, Giroust, dibujante, quien le llevó á su taller, burlándose de su oficio y de su tienda y convenciéndole para que se dedicase á escribir aprovechando la desenvoltura y agudeza de su ingenio. Giroust hacía grabados en madera para las publicaciones de un editor del boulevard, el cual encargó á Nachette, recomendado por Giroust, la redacción de algunos prospectos. Los prospectos de Nachette hicieron fortuna y el editor satisfecho le puso al frente del negociado de *bombos* de su casa: los reclamos para las cubiertas de sus publicaciones, los anuncios en los periódicos, en fin, todo lo que directa ó indirectamente se relacionase con la publicidad. Monedas de veinte, de veinticinco y hasta de cien francos empezaron á caer en el bolsillo del exrecaredo de librería. Nachette, puesto por este oficio de jaleador, en contacto con los hombres y las vanidades que tenía encargo de enaltecer ante el público, escribió durante algún tiempo en los periodiquillos de corta vida; luego ingresó en *El Escándalo*, donde una serie de articulejos, mordaces, dañinos, escritos con la pluma en el sombrero y el

sombrero ladeado, le hizo notar en seguida.

Vivo, agrio, nervioso, fanfarrón, el ingenio de aquel mozo se había fácilmente amoldado á la vida bulliciosa y á la conversación chispeante, al mundo en el que la burla sangrienta, procaz como una meretriz y modosa como una colegiala, llevada y traída por la réplica punzante, distribuye caricias de tigre. Una vez acostumbrado y dejándose arrastrar por su temperamento, Nachette afinaba este juego hasta la provocación; aguzando sus burlas, rozaba las epidermis con brutalidades, como si quisiera medir la paciencia y la sensibilidad en cada uno, respetando á los fuertes y exasperando á los débiles. Bajo esta brutalidad burlona, escrita ó hablada; en su tono, en su expresión, en sus frases y hasta en su figura: descubríanse las borrascas, los desequilibrios de un carácter inquieto, descontentadizo, mortificado; los mil desfallecimientos de la susceptibilidad y ansias del capricho, las exigencias y los aburrimientos de una pobre naturaleza de cortesana. Irritable ante cualquier obstáculo, fuera de sí por las contrariedades diarias de la vida, entregándose á cóleras insanas contra los mozos de café, los transeuntes, los caballos de los coches, el amor del arroyo; mostrando los puños á la tierra y al cielo, á Dios y á su portera: Nachette era de los infelices que se lanzan tomando rabiosamente posesión de lo

que ansían, y al satisfacer sus deseos, no aciertan á sentir siquiera el goce de la posesión lograda. A cada ensueño realizado, á cada escalón ambiciosamente vencido, sólo se detenía para vengarse de su propio deseo, para lamentar el esfuerzo realizado, humillando y pisoteando su victoria, semejante á esos niños que golpean rabiosos el juguete despachurrado, dentro del cual pensaban hallar algún misterio. Desalentándose con facilidad, como todas las naturalezas violentas, voluntarioso, indomable, sin orden, sin dirección, sin idea fija, con admiraciones y convicciones tornátiles, Nachette no tenía poder ni energía para desarrollar una de esas grandiosas obras que requieren perseverancia y firmeza en el que las ejecuta. Envanecido con su primera campaña en *El Escándalo*, afanoso de lucir, agotó sus ingeniosidades y sus donosuras en algunos artículos; y como careciera completamente de estudios clásicos, esa tabla de salvación, donde todos los Anteos de la prensa rehacen sus energías y avivan su imaginación, comenzó Nachette á comerse las uñas delante de una hoja de papel blanco. Recorriendo los cafés, los divanes, las cervecerías y todos los rincones donde se cobija el vicio; aguijoneando, torturando su cerebro, procuraba requerir y despertar su agotado humor con el martilleo de las palabras, el choque de las paradojas y los pugilatos de la ironía.

Todo en aquel hombre revelaba la sed insaciable y furiosa de goces ruidosos, visibles y soberbios, como esos amores ofrecidos en público espectáculo junto á la ventana de un restaurant del boulevard Italiano, como esas ostentaciones de la vanidad en un palco proscenio, que tienen la curiosidad pública por confidente, la crónica por trompeta y la envidia general por ambición. Entregábase Nachette á esos goces con la soberbia de un revolucionario que hollara las alfombras de las Tullerías; y volviendo los ojós hacia las gentes que le rodearon durante su niñez, les enviaba, para vengarse de los ecos burlones del pasado, la carta elogiosa de un gran crítico, la invitación á un baile de acaudalado banquero, su caricatura hecha por un popular dibujante y publicada en un periódico: toda la bulla, toda la polvareda levantada en redor del nombre de Nachette, que iba resonando ya de uno al otro extremo de París. Y mientras un parisién leyendo el periódico se preguntaría por qué motivo aquel pequeño Padre Duchêne se mostraba tan bilioso y encolerizado: Nachette, soñando, veía la entrada proxima de su celebridad en la modesta subprefectura; pasaba entre los saludos sin saludar á nadie; le convidaba el subprefecto á comer y Nachette desde muy temprano enviaba su vino, una botella de Clos-Vougeot. En el baile de los señores de Grandpré (¡iba

también al baile de los señores de Grandpré!), despreciaba soberanamente á todos los invitados y decía con sequedad á la señora de la casa: — «Yo no bailo»;—y, luego que la señorita de Grandpré le hablaba del Abril florido y del campo verde, como un libro de poesías, Nachette contestaba desplicente, arreglándose la corbata:—«¿El Abril florido?...—Señorita, yo adoro mi París. El mes de Abril no me disgusta, porque los días ya son largos y se ven mejor las modistillas que salen de los talleres...»

Couturat, el niño travieso, el colegial que hace pompas de jabón y aparta la silla, cuando uno se sienta distraído, para verle rodar por el suelo; el hombre de las pajaritas de papel y de los juegos de manos; el alocado, con su apariencia infantil é inocente, tan ingenuo y ruidoso como un cascabel ó una pantomima: tenía una voluntad de hierro, la voluntad fría, sorda, terrible de un parlamento que aspirase á tercer estado y de una secta que pretendiese llegar á religión. Instintivamente, desde su niñez, Couturat veía lo más hondo por debajo de las envolturas y de la superficie. Observaba todo aquello que los hombres en sociedad ocultan ó disfrazan, encontrando en cada uno, con la certeza de una doble vista, el secreto, la flaqueza, la mancha, el vicio, los malos propósitos y las acciones dañosas; usaba de sus descubrimientos

para sorprender las confidencias, y de las confesiones obligadas, para mantener á las gentes bajo una dominación consentida, que tuvo cuidado siempre de no extremar. Luego, hablando con las mujeres, á las que sabía seducir, encontrando en ellas la mejor policía, una policía inconsciente, averiguó en amorosas confianzas, muchos misterios que no dejaban adivinar los hombres. Dueño de su naturaleza libre y bien equilibrada, pudo, cuando le convino, disfrazar simpatías y antipatías, venciendo el primer impulso, no interesándole más las gentes que las figuras de un juego de ajedrez, bastante sereno para discurrir en las egoístas luchas personales y en la más reñida polémica, sacrificando una venganza imprudente á un convenio de paz ventajoso, una frase cruel á un amigo y su vanidad á su porvenir. Tenía Couturat pocos amigos; pero ayudándolos con su pluma, con sus habilidades y con su espada, consiguió hacer de ellos agradecidos y fieles deudores. Poseyendo todas las maliciosas artes del periodismo, la ciencia de las vaguedades y el valor de las palabras, supo hacer de un elogio un ataque, y vestir un ataque de tal manera que parecía un elogio; tuvo gran tino para envenenar su pluma ó hacer sangre, según las circunstancias y las personas que fueron para él un obstáculo, y á las cuales venció del mejor modo posible. Atenién-

dose á practicar su arte como un oficio, librándose de hacer derroches de ingenio, desarmaba de paso á los envidiosos; y no concediendo á sus escritos más importancia de la que merece una broma trivial, satisfacía plácidamente sus ambiciones, mientras los principiantes, hambrientos de notoriedad, agotaban sus fuerzas en locos entusiasmos. Couturat era bastante hábil y sereno para detenerse hasta en el camino del triunfo; tenía el privilegio de saber medir su talento y economizar su fantasía; nunca se mostraba tan ocurrente como en el verano, cuando un calor insoportable hacía de París un desierto y dejaba escasos lectores al periódico.

Couturat, que no representaba los años que tenía, regocijábase interiormente mostrando su careta y escondiendo su cara, viéndose tan bien disfrazado y tan poco temido. Sorprendiendo á Nachette fatigado, le sumergía más en los placeres y en las orgías; con el cerebro vacío y la garganta seca, Nachette publicaba con su firma, no sabiendo ya escribir otra cosa, las indiscreciones, las diatrivas y las venganzas de Couturat, comunicadas oportunamente como indiscreciones del vino. Couturat encontraba un placer de simio en que le juzgasen explotado por su compañero, á quien manejaba y rendía, endosándole todos los odios que no le conviniera firmar con su nombre.

Valiéndose de las aventureras, á las cuales acariciaba gustoso, tratando seriamente á unas, divirtiendo á otras, y sabiendo ganar voluntades con un trato íntimo y amistoso, consiguió hacerse lugar entre los calaveras de buen tono, entrando en el mundo fastuoso de las grandes loretas, donde hace los honores el placer. En contacto con bolsistas, aristócratas y extranjeros ricos, entró en la corriente de las relaciones aprovechables, en el corazón de la Cápua, donde un millonario es un hombre, y donde también el dinero, borracho algunas veces, puede abandonarse á la ventura, rendirse á la ocasión y caer en el sombrero que tiende un audaz.

Couturat evitó los comentarios desfavorables que pudieran ocasionar sus andanzas por ese mundo, frecuentando á la vez el otro, el honrado, el mundo que forman las familias pudientes y sencillas, en el cual pudo al fin deslizarse, ofreciendo un Couturat que sus amigos no conocían: el Couturat de los salones.

Era un mozo desenvuelto que se permitía inocentes familiaridades, con tal frescura, con tanta gracia, que nadie se dió nunca por ofendido. Infatigable, siempre de un lado á otro, haciendo relaciones á todas horas y hallándose á todas horas en todas partes, no descuidando nada y aprovechándolo todo: era como aquel personaje al

cual Poë llama «el hombre de las multitudes», mostrándose, hasta en los sitios donde los otros procuran esconderse; visible, llamado, saludado, señalado, esperado siempre, Couturat había conseguido ser un hombre universal.

Todas estas facultades y todos estos manejos de Couturat, le conducían á su porvenir: la direccion de un gran periódico. El gran periódico imaginado por Couturat, era la última palabra, la última evolución, el éxito definitivo del periódico bullanguero. Aumentando el tamaño, triplicando su publicidad, haciéndole diario, un diario de la noche que diese cuenta, lo primero, en imparcial y desapasionado resumen, de las noticias políticas de la tarde; á continuación un compendioso extracto de los periódicos de la mañana y cotizaciones de la Bolsa; Couturat suprimía en su periódico los artículos científicos, teóricos, agrícolas, económicos y de polémica, reemplazándolos por una enorme información de París, más intencionada y sabrosa, más abundante de noticias é indiscreciones que todas las gacetas pasadas y presentes; á ese trabajo destinaría tres redactores, tres plumas como la muleta del Diablo Cojuelo. Después, correspondencia de Londrés y de todas las capitales, alternando con ecos del mundo elegante, de los clubs, de los talleres, de los teatros, biografías y fisiologías; en una palabra: el gabinete negro de los cua-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

tro puntos cardinales de la sociedad y de las cinco partes del mundo.

Este periódico, atrayendo al público, á todo el público superficial, que pasa por alto los artículos formales y serios, ó los mira solamente para resarcirse hasta cierto punto del dinero desembolsado para la suscripción: sería en algunos años el periódico de más importancia. Entonces Couturat ofrecería su apoyo al gobierno. En circunstancias oportunas, Couturat desenmascararía su periódico, afiliándole á una causa triunfante que le proporcionaría posición política y financiera. Durante dos años, Couturat preparó su obra; el dinero, el capital estaba sondeado, los periodistas que por sus condiciones eran indispensables, también. Couturat señalaba sus correspondencias en un mapa de Europa. Varios lores ingleses le habían prometido ser indiscretos, y tres diplomáticos alemanes le ofrecieron murmurar en francés. Actrices contratadas en San Petersburgo, confesarían á la Rusia entera y algunos aristócratas italianos darían cuenta de la sociedad y el arte de su país. Tal era la obra, el mundo nuevo que aquel mozo llevaba sobre su cabeza, riendo, saltando, bailando, entre chiquilladas, bromas, engaños y ligerezas.

Malgrás, el viejo Malgrás, como le llamaban sus compañeros, era un hombre de cuarenta y cinco

años, que hablaba de su mujer, único amor de su vida, muerta en la juventud, y de las criaturas que le quedaron, sus únicos amigos. Hablaba de la santidad del hogar, de la misión parterna, del honor de la familia, de la dicha de ver desarrollarse á los pequeños en el respeto y el cariño hacia el autor de sus días y sin más freno, violéncia ni regla de conducta que las indicaciones hechas á su razón, á sus buenos instintos, al primer destello de su infantil conciencia. Sus razonamientos dulzones y suaves, parecían un discurso de Robespierre pasado por agua bendita; no se le caían de la boca los deberes del hombre, las obligaciones sociales, la teoría del sacrificio y la resignación, la dignidad moral, y todo esto expresado con palabras frías, lentas y rumorosas, con una voz oscura y sin timbre, como si la emitiese una garganta de madera. Cuando la moral del viejo Malgrás descendía del cielo á la tierra, deploraba la ligereza en las costumbres y la irregularidad en la vida que sus compañeros de periódico arrastraban. El viejo Malgrás decía entonces las cosas en crudo, llamando á la corrupción por su nombre y no rehuyendo las claridades vergonzosas, pero en el mismo tono siempre, sin cólera y sin emoción. Bajo sus modales pulcros y hasta en su obsequiosidad, se descubría cierto desdén, semejante al de un cuákero entre una turba de bravucones. Con-

tento con la suerte, resignado y feliz en su modesta posición, estóico para sí como para los demás, á veces le daban risa ciertas miserias y ciertas desgracias; era una risa particular, una risa interior, nerviosa, muda, sin brillo, que uniéndose á su voz monótona y mortecina, daba frío, casi miedo.

Couturat que había estudiado á Malgrás de cerca, y con el interés de un fisiólogo que sorprendiese un Epícteto en la cárcel ó la virginidad en una actriz: afirmaba que, bajo aquella hipocresía láica se ocultaba un fondo satánico.

El viejo Malgrás, en su opinión, era en el periodismo y hasta en la especie humana un accidente, una rareza, un caso, uno de esos fenómenos interesantes para la ciencia que desvían y aclaran á un tiempo; á juicio de Couturat, el viejo Malgrás era un perverso, y explicaba su carácter por los desengaños de su vida, por su edad, por la derrota de sus ambiciones, por las zozobras de una vejez sin bienestar, por sus pasiones calladas y tenaces, por su imaginación exasperada y libertina, por su timidez insoportable con las mujeres, por una enfermedad crónica del estómago que no le consentía el menor exceso, el más insignificante abuso en la comida ó en el vino; en una palabra, por todas las miserias que hacen devorar á un hombre, las privaciones de una solterona y las amarguras de la vida literaria.

Era Bourniche una pluma siempre dispuesta, el comodín, el recurso constante del periódico. Ningún asunto, ninguna tarea se le resistía; pasaba de hacer un elogio de aguas minerales á escribir una crítica de versos ó á dar cuenta de las carreras de caballos, de una subasta de muebles ó de los pormenores de un crimen. Atento á todo, enterándose de todo, hablando y escribiendo con las ideas de todo el mundo, llegó á perder la conciencia de sí mismo, reduciendo su personalidad á un flujo de metáforas y de imitaciones burlonas que se prodigaba en su conversación, como un payaso de feria. Bourniche, ingénuo, virtuoso, muy joven, muy crédulo á pesar de su oficio, era el hazmereir en la redacción de *El Escándalo*. Burlado, engañado, ridiculizado sin piedad, aprendió á dar la coz del asno, como cualquiera de sus compañeros. Mirando lo que le rodeaba, entre tales vergüenzas pudo consolarse de los desfallecimientos de su dignidad, con las humillaciones de sus prójimos; de modo que á cada inmunda fechoría realizada por *El Escándalo*, convenciéndose más y más de las torpezas de todos, fué recobrando el aprecio de su persona.

III

El periodiquillo era un arma poderosa; improvisaba fortunas, reputaciones, influencias y casi

personalidades robustas. Hijuela del imperio realista de Rivasol, Champcenez y Champfort, el periodiquillo no había triunfado en seguida, viniendo su auge con el cambio de costumbres. *La Crónica Escandalosa* en 1789, condujo á sus autores á la ruína y al destierro, al suicidio y al cadalso. Sus herederos en la época del Directorio, los redactores del *The* y del *Diario de los diez y ocho*, no consiguieron mejor fortuna; el 18 fructidor había deportado á Cayenne toda la desenfadada malicia francesa. Solamente bajo la Restauración y bajo la dinastía de Julio, la prensa maleante y satírica empezó á vencer obstáculos, pero sin que se le franquease aún el camino. Eran precisas varias condiciones: fortuna y circunstancias favorables, mucho ingenio y mucha independencia, para llegar ¿á qué? á una notoriedad anónima. Los periodiquillos de aquel tiempo, reduciéndose á los parroquianos de los cafés, de los establecimientos públicos y de los gabinetes de lectura, tenían un círculo de acción estrecho, no llegando apenas al público; eran desconocidos entre las familias y no se les permitía la entrada en los hogares. No contribuyendo á enaltecer la personalidad literaria de sus redactores, porque la ley Tinguy prohibía que se firmaran los trabajos, tampoco pudo enriquecerlos, puesto que no pasó nunca el número de suscriptores, de 800 á 1.200. Pero, en 1852, la imaginación pública, privada repentinamente de sus emociones diarias, de tanto espectáculo y tanto combate que removían las cóleras y los entusiasmos, vióse condenada á la paz del silencio, después del ruído ensordecedor de tantas luchas, de la confusión de tantos partidos y del choque de tantas opiniones políticas, literarias y artísticas, en asambleas y cenáculos; la imaginación pública estaba en huelga. Y como vive de la fiebre, como necesita ser acariciada ó maltratada, lo mismo que una querida: esa imaginación que durante las treguas de las revoluciones y en los entreactos de los debates parlamentarios, de los duelos filosóficos, de los conflictos de la Iglesia, de las cuestiones de equilibrio europeo, se divierte con todo entregándose á los más triviales entretenimientos, á los crímenes ruidosos y á las vulgarizaciones científicas; agarróse un día de pronto y por entero á la cola del perro de Alcibiades. La victoria conseguida por los hombres y las cosas del nuevo poder, vedando á la opinión el acceso á las elevadas regiones, convirtió en curiosidad todas las energías del pensamiento público. El cancán, la maledicencia, las calumnias, las miserables anécdotas, la escaramuza vil de la envidia, los abrumadores recuerdos biográficos; en una palabra: todo aquello que ofendiese al honor de cada uno en la conciencia de todos, era objeto de juicios, comenta-

rios y rabiosa discusión. Haciendo esta labor, el periodiquillo fué admirablemente apoyado por la complicidad malsana del público, al que libraba de sus admiraciones vengándole de sus ídolos. Siguió á los menores triunfos la carcajada sonora, como el insulto del esclavo antiguo; esas *Nubes* castigaban el éxito ruidoso de un hombre ó de una obra; la tortura semanal del talento, del trabajo, de la dicha ganada y del orgullo legítimo; las popularidades bien defendidas, apedreadas como los viejos en algunas tribus de Oceanía; los orgullos lanzados al arroyo regalando á París con los goces de Roma y de Atenas; la satisfacción del ostracismo y la voluptuosidad sangrienta del coliseo. El periodiquillo halagó, explotándola una de las pasiones más viles de la burguesía: dió un arma y una voz á su impaciencia y á su odio, latente, vergonzoso, profundo y vivaz contra los privilegios del talento. La consoló en sus envidias y la reforzó en sus instintos y en sus prejuicios contra la nueva aristocracia sin casta: la aristocracia de la imaginación.

Elementos nuevos, ingresados en la vida literaria durante los diez últimos años, contribuían también á la fortuna del periodiquillo. Una raza nueva de ingenios, sin ascendientes y sin bagage, sin patria en el pasado y libre de toda tradición, había conseguido notoriedad pública. Encaramados

todos en la merecida fama de un precioso libro de uno de sus compañeros, el *Viaje alrededor de una moneda de cinco francos*, la bohemia, ese pueblo menesteroso fustigado y reducido por la necesidad, no entraba en el arte como había entrado la generación precedente; la mayor parte de los hombres de 1830 eran de familias acomodadas: la bohemia, en cambio, necesitaba un medio para satisfacer las exigencias de la vida, mientras perseguía sus ambiciones; y sus apetitos acogotaban sus creencias. Condenados á la miseria por el escaso rendimiento que ofrecen las obras literarias, los bohemios tuvieron que sucumbir fatalmente á la prensa periódica, la cual encontró en ellos, hombres formados, un ejército dispuesto, uno de esos terribles ejércitos mal vestidos y peor alimentados, que se baten por la sopa. La hiel deborada, el pan duro y escaso, las acritudes, los arañazos y salpicaduras de los éxitos que los atropellaban sin reparar ni una vez en ellos, la querida sin abrigo, el hogar sin lumbre, el libro sin editor, las papeletas del Monte de Piedad, las deudas mezquinas y abrumadoras, todo clamando venganza y en espera de un dinero que no venía, infundió en la bohemia los odios feroces de un proletariado y hubo en el movimiento que la impulsó hacia *El Escándalo* algo de un pueblo que se lanza furioso al asalto de una sociedad, como un eco del grito

de la jornada del 16 de Abril en 1848: *¡Abajo los guantes!*

Todo favorecía la fortuna del periodiquillo y logró ser cuanto se propuso: un éxito, una moda, un gobierno y un negocio. Sus libros de suscripción parecían la fosa común: de tal modo los apretaban los nombres en ellos. Lo pregonaron en las calles, lo deletrearon los más humildes, lo recitaron las mujeres y lo leyeron en todas las provincias. El producto de sus anuncios bastó para engordar á sus redactores como canónigos, y llenarles bien los bolsillos. Ante él, todos temblaban: el novelista por su libro, el compositor por su ópera, el pintor por su cuadro, el escultor por su estatua, el editor por su anuncio, el poeta por sus versos, el teatro por sus ingresos, la joven actriz por su juventud, el negociante por su tranquilidad, y la cortesana por su boga...

En esta exaltación del periodiquillo, hubo algo peor que su tiranía, causando una desgracia mayor, de orden más elevado y de consecuencias más deplorables y más duraderas. La revolución literaria de 1830 hizo de Francia un gran público. Por ella solamente, la patria de Boileau y de Voltaire, ensanchando sus horizontes, se libraba de las idolatrías de su educación, traduciendo á Shakspeare y resucitando á Píndaro, lanzándose á vivir en una Jerusalén celestial de poesía, de lirismo y

de imaginación, convertida en digno auditorio y cómplice gloriosa de todas las rebeldías grandiosas y libertades fantásticas de la idea.

El periodiquillo rebajaba el nivel intelectual y rebajaba también al público; rebajaba el gusto de sus lectores y rebajaba el arte literario, ofreciendo los chistes de Mr. Prudhomme como la mejor gloria de Francia.

IV

Malgrás había tomado la palabra y se perdía en su fácil verbosidad. Hablaba de la decadencia presente, de la pobreza intelectual y de las insalubles tendencias de las obras contemporáneas.

—...¿Y no es rigurosamente lógico ni fatalmente necesario, señor Bourniche— siendo Bourniche, de toda la redacción, el único bastante sufrido para soportar discursos, Malgrás disparaba contra él su elocuencia—sí, fatalmente necesario, que los decaimientos de las verdades constitutivas del orden moral, y la degradación del buen sentido primordial y el abandono del catecismo de los principios naturales, promueva el decaimiento, más aún, la perversión del espíritu creador, de las facultades imaginativas? Y cuando el abuso de las paradojas, que yo llamaría faltas de respeto de las inteligencias, váse infiltrando en el pensamiento de una ge-